

gar á sus subordinadas lo que las leyes tienen garantizado en favor de la humanidad y la práctica de muchos siglos ha reputado como sagrado: *gravosa para todas las clases*, por que habiendo obligado á gefes y oficiales á proveerse de víveres á precios muy subidos á que daba lugar la escasez de ellos, con solo la paga, les fué imposible abastecerse; y desde Monclova en adelante y todavía á mediados del mes, ya varios gefes y oficiales no tuvieron que comer: porque se les obligaba á pagar un número tal de acémilas en la conduccion de lo que debían comer, para las que no podía bastar la paga, ni la gratificacion de campaña que además se les negó: porque obligándolos á gastar todo lo que ganaban, en el trasporte de sus alimentos, no les quedaba con que acudir á las necesidades de sus familias que dejaron en lo interior de la República al tiempo de emprender la campaña. *Gravosa para las clases inferiores*, porque no teniendo los oficiales que comer, se les forzaba en cierto modo á cercenar lo que de la proveduría se sacaba para los ranchos de la tropa, para poder acudir á sus necesidades con menoscabo notable del buen entretenimiento y salud del soldado y *gravosa en fin, para la misma hacienda pública*, porque el gefe y el oficial que no tenía que comer y su delicadeza no le permitía tomarlo del soldado, se veía en la necesidad de corromper á los dependientes de la proveduría para que les vendiesen los víveres que necesitaba ó á aumentar las fuerzas de las compañías con plazas supuestas, para sacarlas de la misma prove-

duría; resultando de todos modos un grave perjuicio, á la hacienda pública, y tambien á la tropa, á la que en último resultado habian de llegar á faltar los víveres, como en efecto sucedió muy pronto; y además se experimentó muy á poco tiempo que con el pretesto de la conduccion de víveres para los gefes y oficiales, se cometieron abusos de todas clases con los bagajes, ocupándose un número prodigioso de ellos sin que en lo general hubiesen servido mas que para cargas una multitud de cosas útiles y aun perjudiciales en vez de víveres, cuando si se hubiese provisto de raciones por la proveduría del ejército á los gefes y oficiales, como era mejor que se hubiese hecho, entonces á los cuerpos solo se les habria dado los bagajes de reglamento: estos habrian sido desde luego mejor tratados y conservados: se habria podido conducir mas cantidad de víveres para todo el ejército y habria habido en el ramo mas orden, arreglo y economía sin que la hacienda pública hubiera tenido que pagar un sin número de mulas, carretas y bueyes que se murieron ó estraviaron en las marchas hasta Béjar, ni los gefes y oficiales, habrian sufrido privaciones y gravámenes; sino que hubieran ahorrado de sus sueldos; y seguros de que nos les habia de faltar el preciso alimento, ni con que auxiliar á sus familias; habrian tenido mas dedicacion á sus deberes y habrian llenándolos con gusto y evitándose muchos pasos degradantes que los abatieron y humillaron á los ojos de los especuladores y de sus mismos subordinados. A estos males se añadía el de

disgustados hasta la exasperacion por el trato que se dió á los arrieros y carreteros embargados, y en consecuencia, del desórden que necesariamente debia de traerles la separacion de las carretas más allá de la vista de sus respectivos conductores, estos se determinaron á abandonarlas, y al perder el fruto de sus sudores tal vez de muchos años; no tiene duda que los pueblos debian ser tambien perjudicados con la medida á que nos referimos.

En efecto, nada debió ser mas obvio y natural que los abusos y desórdenes que se siguieron de tan inconveniente disposicion. Todo el mundo á pretexto de llevar sus víveres, podia un número desproporcionado de mulas de carga, y las que se destinaron á este servicio eran de las embargadas en San Luis y los Departamentos de Coahuila y Nuevo-Leon; pero como el corto número de arrieros que tenia cada uno de los atajos, no podia ser bastante para dividirse en tantas fracciones como resultaban de las mulas repartidas, se entregaban estas á los oficiales, que no tenian otro arbitrio de utilizarse de ellas que fiarlas al cuidado de sus asistentes, que como la mayor parte de ellos nunca habian aparejado ni cargado ninguna, habia de resultar forzosamente que hiciesen muy mal una y otra operacion, que las cargas se descompusiesen á cada momento y aun se cayesen del lomo de las mulas que al mismo tiempo padecian mucho en esto; los soldados que las arriaban, en lugar de aliviarlas ó arreglar mejor las cargas, las apaleaban ó aun les daban de bayonetazos. De consiguiente, los mi-

serables animales se cansaban y estropeaban mas y mas á cada momento con este maltrato y con llegar mas tarde al campo ó paraje en que se debia pasar la noche, donde tampoco cuidaban de darles agua ni de comer, y muchas veces las dejaban pasar la noche amarradas al árbol mas inmediato para que no se fuesen. Pero si se les ha de hacer justicia: ¿qué podrian hacer por las pobres mulas los soldados asistentes? Apenas llegaban al paraje y echaban la carga al suelo, cuando tenian que ocuparse en buscar lo que habrian de comer sus oficiales, que tal vez no se habian desayunado á aquellas horas, &c., &c. Así es que las mulas á las primeras marchas se aniquilaron y llenaron de contusiones que, no atendidas á tiempo se volvieron úlceras profundísimas de cuyas resultas unas se inutilizaron y otras se murieron á las pocas jornadas; y entonces los oficiales no solo no tuvieron en lo sucesivo en que cargar víveres, si los tenian, pero ni tampoco en que llevar sus cortos y equipages.

No era mas lisongero el modo con que caminaban las carretas. Casi todos los carreteros, si no todos, se huyeron, porque los forzaban á caminar al paso de la tropa y á horas desproporcionadas para que los bueyes pudieran hacer las jornadas sin fatigarse, por lo que estos animales no comian ni descansaban, y de consiguiente espiraban de la fatiga á los pocos dias.

Desde Rio-Grande para Béjar no hubo mas carretas que los mismos soldados, quienes arrebaban los bueyes con las puntas de las bayonetas. Causaba compasion ver á aquellos sufridos ani-

males todos llenos de heridas y ensangrentados, que caian muertos andando, y tan estenuados y secos que no podian sus carnes ni siquiera servir para el rancho. Donde se acababan los bueyes se quedaban abandonadas las carretas, repartiéndose lo que conducian en otras que no tardaban en correr la misma suerte.

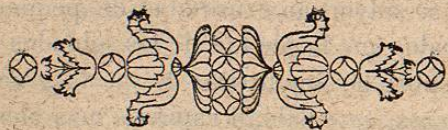
La carne que comió el ejército en todo el camino fué de la peor calidad. Las reses que llevaban las brigadas con este objeto, iban arreadas por partidas de presidiales con bastante cuidado; pero la larga marcha, el estropeo de ella, la falta de descanso, de buenos pastos y aguas limpias, redujo muy pronto á un estado miserable á las que no murieron en el camino antes de matarlas; de consiguiente, sus carnes eran secas, poco alimenticias y aun dañosas; lo que no obstante la corta y mala racion de galleta ó biscocho de maiz era insuficiente para satisfacer la necesidad de la pobre tropa en aquellas largas y penosas marchas hechas de dia bajo un sol abrasador y pasando la noche á cielo raso, con unas heladas insufribles ó un rocío semejante á un aguacero, como lo es comunmente el de aquellos desiertos. Ademas de esto, como varios gefes y oficiales, muchos sargentos y muchos mas cabos y soldados, por el modo con que se habian destinado á las armas y corruptelas introducidas en el ejército llevaban consigo sus mugeres é hijos, otros sus padres; otros hermanas y hermanos menores; y otros, en fin, sus amigas ó amáncias se aumentaba la escases porque todos indispensablemente habian de subsistir en aquellos

desiertos de la escasa y mala racion del soldado.

Estas escaseses y padecimientos se iban aumentando al paso que las tropas se alejaban de los pueblos y de toda clase de recursos y eran causa de las enfermedades, malestar, murmuraciones y disgusto del ejército, y el que los soldados comenzasen á ver con indiferencia el servicio, indiferencia que vino á dar lugar á mayores consecuencias contra la moral y disciplina, en proporcion que se iba necesitando mas del esfuerzo, confianza y buen ánimo que son siempre necesarios, aun precursores y aun de todas las victorias. Así era que el camino todo que se habia andado desde Monclova á Béjar se presentaba á la vista de los que siguieron pocos dias despues al ejército como un continuado campo de batalla, cubierto de fragmentos, de carretas, aparejos, cajones y esqueletos de bueyes, mulas y caballos, y de montones de galleta podrida, siendo muy pocos los lugares en que campaban las brigadas en que no se advertian crucecitas de pequeños y toscos palos que la piedad de los soldados habia puesto sobre las sepulturas de sus desgraciados compañeros, que habian espirado mas bien por la falta de asistencia y facultativos, que por la malignidad de las enfermedades, y con cuyo motivo esclamaban amargamente entre ellos, y decian: "*¡ya éste tomó posesion de Tejas y de las tierras que le tocaban!*" Una de estas víctimas fué el capitán de granaderos del batallon de Aldama, D. N. Guillem, á causa de un violento dolor flatulento producido por el frio y los malos alimen-

tos, y no haber habido un facultativo que lo atendiese.

Los trabajos, eficacia y celo del general en jefe y de los generales y gefes que le seguian y ayudaban al frente del ejército y de sus respectivas brigadas para prevenir tantos inconvenientes y las malas consecuencias que de ellos debian resultar, fueron imponderables en todos sentidos; pero no podian bastar por sí solos para asegurar el éxito de la campaña, porque no está en la capacidad de los esfuerzos humanos hacer imposibles.



CAPITULO XXV.

Trabajos del general en jefe.—Su reunion con la división del general Cesma.—Petición de nuevas instrucciones al gobierno.—Cuales fueron las que recibió en contestacion.—Su proclama al ejército.—Toma y ocupacion de Béjar,

Ahora vamos á dar una idea de los trabajos particulares del general en jefe. Llegado á Rio-Grande el dia 12, apenas se detuvo en aquella villa hasta el 16 de Febrero en que volvió á partir á las dos de la tarde con una escolta del regimiento de caballería de Dolores y algunos presidiales para unirse á la brigada del general Cesma, que marchaba adelante habiendo antes arreglado los muchos y diferentes asuntos que se le ofrecieron relativos á la marcha del ejército y á la seguridad de los departamentos de la frontera. Dió sus órdenes al general Filisola para el establecimiento de hospitales provisionales en Monclova y en aquella villa; despachó la correspon-